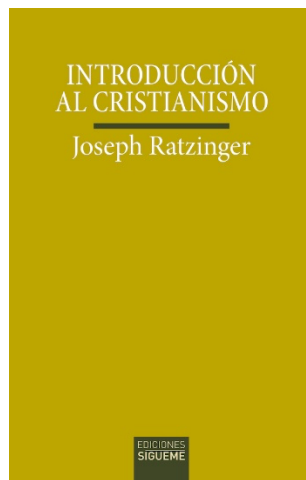


El Papa sabio que dio un paso al lado

Lluís Foix

La Vanguardia (4 enero 2023)

Poco se puede añadir a las reflexiones de carácter teológico y moral que se han escrito estos días con ocasión de la muerte de Benedicto XVI. La valoración de su pontificado irá perfilándose a medida que pase el tiempo y como consecuencia del estudio de su inmensa obra escrita antes y después de ser cardenal o Papa. Leer a Joseph Ratzinger es entrar en el ámbito de la razón para familiarizarse con la fe en Jesucristo.



Su obra más emblemática sea quizás *Introducción al cristianismo*, publicada paralelamente a los hechos de Mayo de 1968 en París, en la que el joven teólogo alemán plantea que nadie puede sustraerse al gran dilema humano: «Quien quiera escapar de la incertidumbre de la fe caerá en la incertidumbre de la incredulidad, que jamás podrá afirmar de forma cierta y definitiva que la fe no sea la verdad».

Es interesante cómo sitúa la pugna entre la fe y la duda que ha recorrido la historia de la humanidad. Es ley fundamental del destino humano, dice, «encontrar lo decisivo de su existencia en la perpetua rivalidad entre la duda y la fe, entre la impugnación y la incertidumbre. Quizá justamente por eso, la duda, que impide que ambos se encierren herméticamente en lo suyo, pueda convertirse ella misma en un lugar de comunicación». La duda como espacio de encuentro para poder hablar de las cosas más elevadas y prosaicas como se pudo apreciar en el diálogo entre Joseph Ratzinger y el filósofo Jürgen Habermas en el que estas dos mentes privilegiadas debatieron sobre Europa, la ubicación de la religión en la modernidad y sobre cómo el cristianismo es o no es una religión ilustrada.

Pasearse por las miles de páginas escritas por Benedicto XVI es bucear en el pensamiento de un teólogo racionalista que aborda la conexión entre conceptos tan esenciales como la libertad individual y la justicia social, entre conciencia y verdad, entre democracia y Estado, en el mundo relativista de la posverdad en el que la subjetividad y el poder de la mayoría pretenden relegar a los valores absolutos.

Dedica muchas páginas a la verdad, a los valores y al poder del Estado y de la Iglesia. Hoy en día, dice, preferimos hablar de valores que de verdad para no entrar en conflicto con la idea de tolerancia y el relativismo ambiental. Para Ratzinger no es propio de la Iglesia ser Estado o una parte del Estado, sino una comunidad de convicciones. La Iglesia «no debe erigirse en Estado ni querer influir en él como órgano de poder. Cuando lo hace, se convierte en Estado y forma un Estado absoluto que es, precisamente, lo que hay que eliminar. Confundiéndose con el Estado, destruye la naturaleza del Estado y la suya propia».

En su discurso con motivo de la recepción como miembro asociado extranjero en la *Académie des Sciences Morales et Politiques* del Institut de France en 1992 habla de los principios morales de las sociedades democráticas. Ante la distinguida audiencia francesa dijo que la libertad es para todos y para que las fuerzas morales de la historia continúen siendo fuerzas morales del presente y para que surja con fuerza renovada aquella evidencia de los valores sin la que no es posible la libertad común.

Joseph Ratzinger sostiene que el Estado no es fuente de verdad ni de moral, no es absoluto. El concepto de Estado que quiso construir una raza pura y el que propiciaba la llegada de un hombre nuevo quedaron sepultados en el siglo pasado.

El pontificado de Benedicto XVI ha entrado en la historia y se verán sus luces y sus sombras a la luz de los hechos y las palabras que tanto manejó el papa alemán. En uno de sus textos afirma que la «esperanza en el cielo no está en contra de la fidelidad a la tierra: es esperanza también para la tierra. Esperando lo más excelso y definitivo, los cristianos debemos y tenemos que llevar esperanza también a lo provisional, al Estado en el mundo».

Uno de los episodios por los que será recordado el papa Ratzinger es su inesperada renuncia, hecha en latín y sin coerción alguna. Un amigo me hace ver que posiblemente es la ética del sentido de la responsabilidad, concepto introducido por Max Weber, el que le llevó a abandonar su ministerio porque ya no se sentía capaz. Un gesto que no se había producido en más de seis siglos y que podría ser más frecuente en el futuro.